

Crítica de la leicología pura

El enfoque lorenziano como punto de partida para una posible hermenéutica naturalista de la filosofía trascendental

Pedro Jesús TERUEL

Universitat de València¹

Me propongo afrontar una cuestión de fondo a caballo entre dos paradigmas. El asunto abordado es la constitución de la objetividad. El primer paradigma que sirve de marco es la filosofía trascendental de Kant; el segundo, la comprensión naturalista y evolutiva de la Naturaleza, tal y como se ha ido configurando en la línea argumental que conduce de Darwin a Lorenz pasando por Freud. El objetivo consiste en individualizar una vía hermenéutica que halle su fundamento en la arquitectura del idealismo trascendental, que resulte congruente con su propósito y que, a la vez, pueda ser conjugada con la comprensión que hemos llegado a tener del despliegue evolutivo de la Naturaleza y de nuestra inserción biopsíquica en ella; y esto, no al modo de un agregado, sino de un sistema en el que los miembros recién adquiridos refuerzen y contribuyan a iluminar a los que ya lo integraban desde el principio.

¹ Esta contribución se enmarca en los trabajos del proyecto de I+D ‘Racionalidad práctica en perspectiva neuroética’, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (FFI2013-47136-C2-1-P). Forma parte de un proyecto plurianual en torno al alcance y los límites del pensamiento naturalista.

Presento aquí una cartografía provisional y un camino que habrá de ser recorrido durante los próximos años. Como hipótesis adopto la propuesta de Konrad Lorenz en su artículo sobre la doctrina kantiana del a priori publicado en 1941; dicho artículo me interesa no sólo por su confrontación con Kant, sino también por haber señalado el punto de partida del naturalismo contemporáneo en discrepancia con las posturas materialistas, empiristas o fisiocílistas. Expondré entonces mi propuesta subrayando cómo arroja luz sobre algunos de los interrogantes puestos de relieve ya desde la primera hora de recepción de la filosofía crítica. Por último, señalaré las tareas que quedan pendientes.²

1. *Utrum*

Konrad Lorenz mostró en época temprana su cercanía al punto de vista kantiano, que consideraba admirable en su enfoque de la relación apriórica entre individuo y mundo. Sus investigaciones sobre el comportamiento de los animales –piénsese, por ejemplo, en su teoría de la impronta (*Prägung, imprinting*)– guardan una evidente familiaridad con ese horizonte. A su juicio, el problema que ha de ser resuelto concierne al origen de dicho marco apriórico. Pretender dar cuenta de la estructura cognitiva sin afrontar la pregunta por su genealogía empírica equivaldría a lo que Lorenz denomina una “leicología pura” (*reine Leicologie*):

Es, por decirlo rudamente, como si alguien quisiera escribir una teoría “pura” sobre las propiedades de una cámara fotográfica moderna –por ejemplo, una Leica– sin tomar en consideración que ésta es un aparato, un órgano para fotografiar el mundo externo, y sin emplear para entender su función y el sentido propio de su ser las imágenes que ella suministra. Por lo que hace a las imágenes que ofrece (experiencias igualmente), la Leica es por completo apriórica. Está ahí antes e independientemente de cualquier imagen; determina con anterioridad la forma de las imágenes, más aún, las hace posibles en absoluto. Pues bien, sostengo que la escisión de una “leicología pura” respecto de la doctrina de las imágenes ofrecidas por la cámara no es menos absurda que la separación de la doctrina del a priori respecto de la teoría del mundo externo, de la fenomenología respecto de la doctrina de la cosa en sí.³

Para evitar caer en esa “leicología pura” es preciso reparar en el modo en que los productos de la máquina fotográfica se enlazan a una técnica que posibilita la fabricación del aparato, a una comprensión del mundo que precede y acompaña a dicha técnica y a unas dinámicas naturales a las que la cámara obedece, de las cuales las fotografías son deudoras a través de la mediación de esos procesos. Pues bien: sostener que las condiciones que posibilitan el conocimiento no se deducen de la experiencia individual sino que la preceden constituye, precisamente, un descubrimiento “fabuloso” y “fundamentalmente nuevo” de Kant.⁴

² Me referiré a las obras de Kant según la edición canónica *Gesammelte Schriften*, Königliche Preußische Akademie der Wissenschaften / Georg Reimer / Walter de Gruyter / Vereinigung Wissenschaftlicher Verlager / Akademie der Wissenschaften zu Göttingen / Akademie der Wissenschaften der DDR, Berlín / Leipzig, 1907- (a partir de aquí, Ak), con indicación de volumen y número de página. En nota a pie de página aludiré a la *Kritik der reinen Vernunft* con las siglas correspondientes a las ediciones de 1781 y 1787, a saber, A y B; me referiré a la *Kritik der praktischen Vernunft* (1788) y a la *Kritik der Urteilskraft* (1790) como KpV y KU. Excepto en el caso de que se indique lo contrario, las traducciones son mías.

³ Lorenz, Konrad: “Kants Lehre vom Apriorischen im Lichte gegenwärtiger Biologie”, *Blätter für Deutsche Philosophie* 15 (1941) 94-125, reimpresión en Lorenz, K. / Wuketits, Franz M.: *Die Evolution des Denkens. 12 Beiträge*, Piper, Múnich / Zúrich, 1983, pp. 95-124, cita en p. 101.

⁴ Cfr. Lorenz, Konrad: “Kants Lehre...”, op. cit., p. 100.

Con Kant, Lorenz afirma que no existe deducción empírica de dichas condiciones en el individuo; más allá de él, en cambio, barrunta que sí puede ser buscada. Las condiciones a priori del conocimiento se habrían desarrollado filogenéticamente, al modo de un ensayo de interacción selectiva con el ecosistema. «El a priori que determina los modos de aparición de las cosas reales de nuestro mundo es, dicho brevemente, un órgano, o mejor: la función de un órgano».⁵

2. *Videtur quod non*

Conjugar esta hipótesis con el punto de vista kantiano puede parecer descabellado. Y es que pretender ver emerger la subjetividad trascendental desde la mera facticidad sería algo así como querer resolver la raíz cuadrada de una magnitud negativa.⁶

Cuando Lorenz se refiere a la técnica implícita en la captación de imágenes por una cámara está aludiendo a algo similar a esa “técnica” del sujeto cognosciente cuyos engranajes últimos Kant –ya desde su toma de contacto con el empirismo– desesperaba de poder desentrañar y respecto de los cuales afirmó un rotundo *ignorabimus* desde la *Crítica de la razón pura* hasta el epílogo a la obra de Sömmerring sobre el órgano del alma.

Como colofón a la deducción trascendental de las categorías, Kant señala que hay sólo dos caminos que hacen pensable una concordancia necesaria entre la experiencia y los conceptos puros: o la primera hace a los segundos, o los segundos a la primera.⁷ Le mueve a ello [2.1] tanto la búsqueda de universal necesidad (jamás garantizada por conceptos de matriz empírica) como [2.2] el rechazo de las posturas que no garantizan los derechos de la libertad (como el influjo físico, sea en la versión pseudo-wolffiana de Knutzen, en la sensista de Locke o en la materialista de La Mettrie). Por otra parte –y ésta es la vertiente metodológica–, cuando se pretende extraer conclusiones metafísicas partiendo de la experiencia se incurre en un *error surreptionis*. Este error posee dos caras. La primera se presenta cuando se introduce subrepticiamente un presupuesto metafísico en una argumentación propia del orden fenoménico; surgen así los espejismos de la razón pura (como los paralogismos de la psicología racional). La segunda consiste en colar de rondón un presupuesto empírico en la deducción trascendental de un concepto; sucede así en los espejismos de la fisiología pura (como el intento de hallar la sede orgánica del alma). Esta segunda es la modalidad de error que nos interesa aquí; evitarla requiere reconocer que [2.3] las fuentes de la subjetividad trascendental permanecen en un nivel no objetivable; constituyen un “arte oculto en las profundidades del alma humana”.⁸

La aproximación lorenziana al conocimiento –y, por ende, a la obra de Kant– entraña, pues, un doble error: metafísico y lógico.

⁵ Id., p. 99.

⁶ Cfr. la conclusión del epílogo kantiano a la obra de Thomas Sömmerring *Über das Organ der Seele* (1796), Ak XII 35. A este respecto, v. mi artículo “*Das Organ der Seele*. Immanuel Kant y Samuel Thomas Sömmerring sobre el problema mente-cerebro”, *Studi kantiani* XXI (2008) 59-76.

⁷ Cfr. B 166.

⁸ B 180-181.

3. Sed contra

Mi propuesta parte de un presupuesto hermenéutico, una hipótesis metodológica y una restricción ontológica. El presupuesto se engarza con la consideración crítica de la historia de los problemas. Por medio del viraje trascendental, Kant abordó una serie de problemáticas – ligadas a la posibilidad de la metafísica como conocimiento universal y necesario– que le llevaron a desestimar la vía de una fisiología de la mente para la que sólo contaba con las herramientas de un empiriomecanicismo contraproducente para sus fines. Haciéndonos cargo de la motivación del problema, se trata de contrastar si una interpretación naturalista no sólo resulta congruente con ella sino si permite incluso disipar algunas perplejidades asociadas a la epistemología kantiana.

La presente propuesta implica asumir y superar la inspiración lorenziana. Lorenz no dialogó de forma sistemática con la obra de Kant (de la que se distanció explícitamente en 1973).⁹ Esta carencia transcurrió pareja a una ambigüedad metodológica que ha suscitado graves reparos; entre ellos, el de que haya deducido su postura de los resultados de una disciplina particular (la etología).¹⁰

Mi hipótesis señala que el idealismo trascendental es susceptible de ser modulado en clave adaptativa partiendo de la comprensión kantiana de las disposiciones del psiquismo (*Gemütsanlagen*). La configuración filogenética de los esquemas trascendentales habría sido el fruto de una interacción entre cuerpo vivo y ecosistema; podrían ser entendidos como herramientas naturales que suministran una representación de la realidad parcial pero progresivamente adecuada a la supervivencia. Lo decisivo reside en su estructura “a doble cara”: ser un *cuerpo vivido* instaura modalidades de relación que a su vez quedan sujetas a un progresivo ajuste con el ecosistema. El vehículo filogénico de ese ajuste sería la dotación cromosómica, combinada por medio de la reproducción sexual, así como las mutaciones y la metilación en contacto con el ecosistema; su cauce ontogénico, el psiquismo.

Este término (*Gemüt*) constituye el vehículo semántico del que Kant se sirve para pasar desde la perspectiva de la psicología racional¹¹ al punto de vista trascendental; alude a la estructura biopsíquica individual en la que se encarna la subjetividad trascendental.¹² Pues bien, el psiquismo se articula gracias a disposiciones.

La noción kantiana de ‘disposición’ (*Anlage*) se vincula al campo semántico de la potencialidad: se trata de capacidades que posibilitan la relación de la naturaleza con sus fines. Así comparece, a partir de los años sesenta, en la obra kantiana¹³ Dicha conexión teleológica se puede vehicular no reflexivamente: Kant alude a las *Anlagen* de las plantas y de

⁹ Cfr. Lorenz, K.: *Die Rückseite des Spiegels*, Riper & Co. Verlag, Múnich, 1973, traducción de Manuel Vázquez: *La otra cara del espejo*, Plaza & Janés, Barcelona, 1974, p. 23.

¹⁰ Este reparo subyace a las críticas formuladas, por ejemplo, por Aldona Pobojewska. Cfr. Powojewska, A.: “Objektives Wissen und Apriorismus. Über Schwierigkeiten in der Erkenntnistheorie von Konrad Lorenz”, *Zeitschrift für philosophische Forschung* 40, 2 (1986) 207-223, v. pp. 222-223.

¹¹ Cf. Teruel, Pedro Jesús: “Das „Ich denke“ als „der alleinige Text der rationalen Psychologie“. Zur Destruktion der Seelenmetaphysik und zur Grundlegung der Postulatenlehre”, en Fischer, Norbert (Ed.): *Kants Grundlegung einer kritischen Metaphysik. Einführung in die >Kritik der reinen Vernunft<*, Felix Meiner, Hamburgo, 2010, pp. 215-241.

¹² Teruel, P. J.: “Significado, senso e ubicazione strutturale del termine *Gemüt* nella filosofia kantiana”, en Bacin, Stefano et al. (Eds.): *Kant und die Philosophie in weltbürgerlicher Absicht. Akten des XI. Kant-Kongresses 2010*, de Gruyter, Berlín / Nueva York, 2013, pp. 507-518.

¹³ Cfr. *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels* (1755), Ak I 358; *Von den verschiedenen Rassen der Menschen* (1755), Ak II 435.

las especies en general.¹⁴ Idéntico vocablo se aplica al ser humano, tanto en el caso de las disposiciones instintivas como en el de las trascendentales.¹⁵ En otro lugar me he ocupado de ello, como primera pieza de mi proyecto.¹⁶

Mi enfoque incluye una restricción ontológica: la emergencia de la apercepción trascendental [cfr. 2.3]. Con ella surge un elemento ajeno a las dinámicas previas de interacción funcional presentes en grados de conciencia progresivamente complejos (desde las *archaea* y *bacteria* hasta las *eucarya*). El ser dotado de apercepción trascendental no posee más conciencia del mundo –le pueden estar vedados enteros ámbitos sensoriales– sino un punto de vista unitario y reflexivo sobre él. Aquella implica, pues, una emergencia (cualitativa) en sentido propio. Podemos describir los procesos que la acompañan: desde su causación neurofisiológica, su genealogía filogénica y su configuración ontogénica hasta su funcionalidad evolutiva.¹⁷ Estos correlatos sirven para describir dinámicas, pero no dan razón suficiente del enlace entre procesos bioquímicos y reflexivos.¹⁸ Pretender lo contrario sería un acto de prestidigitación teórica; Kant la denomina *generatio aequivoca*.¹⁹ Yo hablaría aquí de la inviabilidad de una naturalización sin costuras.

4. Respondeo

La hipótesis del isomorfismo entre representación y mundo no es nueva en los estudios kantianos. Concuerda con una hermenéutica de corte realista que se apoya en múltiples afirmaciones de Kant sobre la irreducible variedad que subyace a la afección; responde a una pregunta crucial puesta de relieve ya desde la primera hora de la recepción del idealismo trascendental. El interrogante al que me refiero fue adjetivado por Erich Adickes como *die Herbart'sche Frage*.²⁰ Herbart había individualizado el quicio problemático del idealismo trascendental en la pregunta por la constancia fenoménica: ¿a qué se debe que nuestra imagen del mundo implique una variedad empírica regular y constante? ¿Cómo es posible que nuestras representaciones nos suministren facetas diferentes pero congruentes entre sí, una pléthora de sensaciones que constituye un estable marco de referencias? Si el sustrato pre-fenoménico fuese caótico, la aplicación de estructuras trascendentales no podría ofrecernos un mundo regular y constante – a menos que dichas estructuras produjesen los objetos de la afección, cosa que Kant rechazó explícitamente.

¹⁴ Cfr., respectivamente, KU, Ak V 349; 420, 422; 369.

¹⁵ Cfr. *Prolegomena* (1783), Ak IV 362; *Die Religion...*, Ak VI 111; KU, Ak V 265, 274, 301, 446; *Die Religion...*, Ak VI 20, 36, 41, 43, 44, 46, 48, 50, 51, 52, 93, 161; cfr. también *Die Metaphysik der Sitten*, Ak VI 441, 464; *Der Streit der Fakultäten*, Ak VII 43, 88; *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht*, Ak VII 324; *Das Ende aller Dinge* (1794), Ak VIII 328 nota.

¹⁶ “Significado, sentido y ubicación estructural del término *Anlage* en la filosofía kantiana”, actas del II Congreso Internacional de la Sociedad de Estudios Kantianos en Lengua Española [en prensa].

¹⁷ Cfr. Teruel, P. J.: “El carácter intrínsecamente filosófico de la aproximación neurocientífica a la inteligencia humana”, en Oriol, M. (ed.): *Inteligencia y filosofía*, Marova, Madrid 2012, p. 717-734.

¹⁸ Cfr. Teruel, P. J.: “Pensar la complejidad de lo subjetivo. Colin McGinn e Immanuel Kant sobre el problema mente-cerebro”, en Prior, Á. / Moya, E.: *La filosofía y los retos de la complejidad*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 2007 [CD-rom].

¹⁹ Cfr. B 167, Ak V 423.

²⁰ Lo hizo en Adickes, Erich: *Kants Lehre von der doppelten Affektion unseres Ich als Schlüssel zu seiner Erkenntnistheorie* (Mohr, Tübingen, 1929), p. 75. Johann Friedrich Herbart (1776-1841) había ocupado en 1809 la cátedra de Kant en Königsberg. Herbart se ocupó de este asunto en varios lugares de su obra filosófica; cfr. por ejemplo *Psychologie als Wissenschaft, neu gegründet auf Erfahrung, Metaphysik, und Mathematik*, vol. II, August Wilhelm Unzer, Königsberg, 1825, p. 126ss.

Para Adickes, la respuesta que da razón suficiente de la constancia fenoménica es que entre representación y cosa en sí se da una similitud; no una semejanza plena –que legitime considerar el mundo representado como trasunto del sustrato de la afección– sino un escorzo de la cosa en sí (no libre de adherencias subjetivas, tampoco el único posible, pero sí adecuado). La variedad empírica ha de presentar características internas, pre-fenoménicas; éstas emergen a través de las representaciones que sobre su base se forja una subjetividad trascendental.

Hay que notar que la cuestión herbartiana no quedó resuelta en el marco propuesto por Adickes: se mantenía la problematicidad genealógica. ¿A qué se debe que formas y categorías a priori se adecuen al substrato de la afección? ¿Habría que postular una armonía en cierto modo preestablecida, o una forma de ocasionalismo...? Quedaba en pie la pregunta por el origen de la concordancia. Es aquí donde incide el paradigma de la interacción ecosistémica. El refinamiento evolutivo del ajuste entre aparato trascendental y mundo proporciona un recurso que no pasó desapercibido a Lorenz.²¹ Su punto de vista se engarza así con los interrogantes abiertos por la epistemología kantiana y con la solución aportada por el realismo crítico.

5. Ad

De mi propuesta brota una hermenéutica centrada en la noción kantiana de ‘disposiciones naturales’. La concordancia entre el substrato de la afección y las formas y conceptos puros que lo convierten en aferrable por parte de un sujeto constituye aquí el resultado de un ajuste fino realizado durante millardos de años de evolución biológica. Este proceso se traduce filogenéticamente y ontogénicamente en la red sináptica y en sus interacciones tanto con los sistemas coadyuvantes a la conservación y al metabolismo como con los demás sistemas fisiológicos y bioquímicos del ser vivo.

Una vez establecida la hipótesis, entre las tareas pendientes destacan las ligadas al cotejo crítico con los elementos de la subjetividad trascendental, por un lado, y las que conciernen a cuestiones abiertas, por otro. En lo que respecta a las primeras, es mi propósito abordar las siguientes:

- A. Deducción empírica y trascendental del tiempo y del espacio
- B. Deducción empírica y trascendental de las categorías
- C. Deducción empírica y trascendental de los principios analíticos de la razón pura

De entre las cuestiones abiertas, considero insoslayable afrontar las que siguen:

- D. Alcance y límites de la isomorfía entre conocimiento y mundo
- E. Modulación empírica y trascendental de las ciencias de razón pura a priori [ad 2.1]
- F. Modulación empírica y trascendental de lo incondicionado puro práctico [ad 2.2]
- G. Alcance y límites de la genealogía metafísica de la apercepción trascendental [ad 2.3]

²¹ «Sólo de esto estamos convencidos: de que todas las particularidades que reproduce nuestro aparato [cognitivo] corresponden adecuadamente a daciones de hecho en el en-sí de las cosas. (...) La continuidad de lo en-sí-existente (...) es del todo inconciliable con la suposición de una relación alógica, determinada desde fuera, entre el en-sí y el fenómeno de las cosas.» Lorenz, K.: “Kants Lehre...”, op. cit., p. 111-112. Cfr. también *Die Rückseite des Spiegels*, trad. castellana, op. cit., p. 12.

Las tareas A, B y C se iluminarán recíprocamente y determinarán la resolución de la cuestión D. Todo ello hallará su corolario en una reelaboración crítica del concepto de Naturaleza, requisito para las cuestiones E, F y G.

De este modo completaremos la cartografía. Aunque un problema como el que nos ocupa es –por emplear el símil popperiano– algo así como una pareja con la que concebir una prole de numerosos problemillas. Ellos, a buen seguro, engendrarán otros nuevos y apasionantes.

